

de buena gana, ayudabas a comprar el vino, la harina y la cera para la santa misa; tú contribuías al alumbrado del Santísimo y de la iglesia; tu aportabas tu contingente para adquirir ornamentos y otras cosas sagradas para el culto divino; tú ayudabas a la reparación de nuestra iglesia. En una palabra: el que se precia de ser buen cristiano debe hacer todo esto; debe contribuir al culto de alguna manera, en alguna forma; y para nosotros, los del campo, este es el modo más sencillo y expedito.

—Sí, es cierto; pero a veces....

—A ver ¿qué sucede a veces?

—Que pensaba seguir el consejo de mi comp...., de *Don Cangarejo* a ver si puedo comprar un bueycito....

—¿Cáspita! ¿Será cierto que con los consejos del *Cangarejo* se pueden comprar bueycitos? Voy a pedirle yo una docena. Pero dímelos pronto, porque se acaba el mecho, y nos vamos a quedar a oscuras.

—No crea usted que es chanza. Me ha preguntado él, qué cuánto tiempo hacia que pagaba diezmo, y le he dicho que unos 30 años. Entonces él me ha dicho que en 30 años le dado a los curas 60 pesos y con ellos hubiera podido comprar ahora un par

de bueyes. Ya ve usted que es verdad.

—Sabes, hijo, que me vas convenciendo a mí también? Y tu compadre ¿cuantos años hace que no paga el diezmo?

—¡Uf! Unos 50 años, por lo menos.

—¿Qué hermosura de bueyes! De seguro que tiene siquiera, siquiera un par de yuntas. A propósito: hazme el favor de decirle que me *flete* los cuatro para bajar a La Plata unas cargas de café....

—¿Qué dice usted! ¿Si no tiene sino deudas y un burro apestado en el tablón de Pone!

—Pues lo mismo te sucedería a ti, a excepción del burro que no llegarás a tenerlo nunca, ni siquiera apestado. Desengánate: que nadie se hace más pobre por haber dado alguna limosna a la iglesia. Lo que no se da a Dios con gusto, se lo lleva el diablo a la fuerza.

—Entonces.... ¿dónde *ajuntaremos* el diezmo este año?

De *El Propagador*.

Ecos Marianos

Santa Isabel alabó a María y la llamó bienaventurada, por haber creído; y María, el eco fiel de Dios, exclamó: «Mi alma glorifica al Señor».

—Pues no les ha de importar a ustedes! Diciendo que nací en él, pruebo que sé lo que digo, cosa que no sucede a todos los que hablan o escriben.

Por medio del valle corre un río no muy caudaloso, pero sí muy claro y muy fresco.

Ay, castaños! y ay, nogales! que os miráis en las fugitivas ondas de aquel río, ¿quién fuera, no, ya nogal ni castaño, quién fuera alcorneque, con tal que pudiera mirarse en vuestro espejo!

En la ribera del sur hay un altito, y allí está, rodeada de fresnos y de casas blancas, la iglesia de Santa María, para mí la de más sonoras campanas, la de más hermosas imágenes y la de más santos y dulces recuerdos.

Desde la iglesia al río hay una cuestecita de docientos pasos.

En aquella cuestecita se encuentra lo siguiente: un cauce que lleva el

La Victoria de los ebrios

«¿Dónde hay enfermedad compatible con el alcohol?—Poe.

Trasparente, nitida, purificador, refrigerante, el agua normaliza la vida, aclara el pensamiento, vigoriza las energías, tranquiliza el sensorio, lleva a la frente la alegría y la nobleza al corazón. La inmersión en sus ondas nos produce el deleite inefable y reconfortador de Juvenio, llevada a nuestros labios en la copa de cristal tersa y diamantina, nos procura la sensación de la placidez virgiliana y de la salud plena y ronil. Licor de los poetas, de los guerreros, de los sabios y de los campesinos, es ciencia en Helicon y genio en Castalia, castidad en la nópolis y salud sobre el Aventino, romántica en las selvas y legendaria en los arroyuelos, avanza majestuosa en los ríos que deslindan las patrias; sana, cura y fertiliza el círculo magno e inmacula en el frente en forma de cruz; lleva hasta el mar insondable por la tiginosidad de los cauces, se eleva nuevamente a las nubes, para fertilizar la tierra ubérrima y para que sobre sus ondas flote, como en el Génesis omnipotente y vivificador, el eternal espíritu.

Acro, turbio, fermentador, ardiente y áspero, el alcohol desarrega las funciones orgánicas, entenebrece las ideas, debilita las fuerzas, altera, embrutece la sensibilidad, lleva a la tristeza al cerebro y a la crueldad al pecho más noble. Llevado a nuestros labios, nos procura la falsa sensación momentánea de los tósigos y de los excitantes. Bebida de los degenerados, de los débiles, de los aturridos y de los incapaces, es relajamiento en el Panteón, vergüenza en el mosaico, defección en Cilicia y la chorno en Capua. Destilado en el alambique por la industria, lleva la decadencia a los pueblos más florecientes y a la esclavitud a los más fuertes y victoriosos, y cuando

agua a un molino y a una torrena que medio se ven un poquito más abajo entre los nogales, cuando cinco casas a la derecha, un ven huerto a la izquierda, y por último el puente, por el cual pasaba a gallo Lorenzo....

Pero ¿qué Lorenzo ni qué ni muerto, si aún no hemos preparado el lienzo!

El puente es muy viejo, muy firme, muy alto, muy angosto, muy escueto.

Al otro lado del río hay un cerro muy alto, coronado por una cruz a donde sube el Párroco de la aldea durante las rogativas de mayo para bendecir los campos desde la cuesta y las encinas y las lavas tras calcáreas empiezan desde la orilla misma del río, cubiertas alisas y salceñas.

El camino, no bien pasa el puente, comienza a hacer eses como Lorenzo....

FOLLETTIN DE «ECO DE ORIENTE»

Los Borrachos

Por Antonio de Truebe

I

El pintor, antes de pintar el cuadro, prepara el lienzo, y lo mismo debo hacer yo, que también soy pintor, aunque de brocha gorda.

Preparamos el lienzo.

El lienzo en que voy a pintar es uno de los valles más hermosos de Vizcaya.

Entre las razones que tengo para llamarlo hermoso, hay dos muy poderosas: la primera que lo es, y la segunda que nací en él.

—Y a nosotros, dirá el lector, ¿qué nos importa que naciera usted en él o en el infierno, que es tierra caliente?